

Mundo musulmán en rebelión

Demetrio Boersner *



Durante febrero de 2011, el escenario mundial estuvo dominado por los acontecimientos políticos y sociales del Magreb y del Cercano Oriente: por primera vez desde hace más de medio siglo, los pueblos árabes de esas regiones realizaron levantamientos claramente democráticos y progresistas en su intención, y ese fenómeno afectó el equilibrio geoestratégico global

El Islam fue, en sus inicios, un movimiento a la vez de identidad nacional árabe y de reivindicación social igualitaria. Los primeros siglos del Islam fueron gloriosos, pero gradualmente su equidad social fue disminuida por la recaída en estructuras opresivas: despotismo asiático, feudalismo y esclavitud. Contra ello se levantó el moderno nacionalismo y reformismo árabe, persa y de los turcos mismos, desde la época de la Revolución Francesa en adelante. Estas iniciativas liberadoras tendieron a dividirse en dos corrientes distintas: la una, modernizadora y laica, y la otra, islamista y nostálgica de la pureza de tiempos pasados.

A partir de 1919, se produjeron importantes luchas por la liberación nacional y sociopolítica de los pueblos musulmanes. La revolución turca, liderada por Mustafá Kemal Atatürk, estableció una república laica, moderna y en parte occidentalizada, basada en el principio de la soberanía popular. En Afganistán, el rey Amanulá (1919-1929) impulsó radicales reformas nacionalistas y sociales (infelizmente anuladas por su sucesor). Lo mismo hizo en Irán el shah Reza Pahlevi (1925-1941) durante los primeros años de su reinado. Dos movimientos árabes de liberación nacional de aquella época tuvieron carácter democrático y popular auténtico. Uno fue el del partido egipcio Wafd fundado en 1918 por Saad Zaglul, con una doctrina nacional-revolucionaria, democrática y popular. Otro movimiento nacional de carácter democrático fue el de los drusos que, de 1922 a 1925, se alzaron en Siria contra el mandato colonial francés.

DE 1945 HASTA EL PRESENTE

Desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta el presente, en términos generales, la revuelta árabe y musulmana contra hegemonías externas e internas ha atravesado tres etapas. En la primera predominó un nacionalismo laico con proyecciones *socialistas*, orientado por autócratas militares con muy escasa participación popular, por lo cual terminó por decepcionar a sus sociedades. En la segunda etapa, dicha decep-

ción fue aprovechada por el islamismo autoritario, promotor de una *revolución hacia el pasado*. La tercera fase, que acaba de iniciarse, parece ser la de un auténtico despertar democrático de pueblos deseosos de regir su propio destino, libres de déspotas militares o clericales.

En los primeros años de postguerra, los dirigentes políticos árabes eran mirados internacionalmente con poca simpatía, excepto por consorcios petroleros ávidos de concesiones. Se reprochaba a aquella dirigencia su carácter oligárquico y la pasada inclinación pro-nazi de una buena parte de ella. Esta situación cambió a partir de 1951, cuando el pueblo de Irán, en elecciones libres, elevó a la jefatura del gobierno al doctor Mohamed Mosadegh, con un programa de nacionalización de la industria petrolera y reformas estructurales en materia social. Tras enfrentamientos a los consorcios petroleros y los gobiernos occidentales, Mosadegh fue derrocado en 1953, con evidente participación de la CIA. Con ello, pareció quedar cerrada la vía electoral para liberar a los pueblos musulmanes y sonó la hora de los militares. En 1952, la joven oficialidad egipcia derrocó al corrupto rey Faruk y estableció un régimen republicano nacionalista, social y laico, dirigido por el coronel Gamal Abdel-Nasser, quien se convirtió en líder emblemático de un mundo árabe alzado contra los remanentes del colonialismo y del feudalismo. Su más audaz acto revolucionario fue la nacionalización del Canal de Suez en 1956. De Egipto, la rebelión nacional y social árabe se trasladó a Siria y a Irak, principalmente bajo la conducción del partido Baaz (Resurgimiento Árabe Socialista), fundado con intención democrática pero luego penetrado y desnaturalizado por el militarismo. Una tercera vertiente del nacionalismo social y laico árabe, caído bajo mando autoritario luego de una primera fase democrática, fue el régimen del Frente de Liberación Nacional de Argelia, surgido de la guerra de independencia de ese país entre 1954 y 1962.

Todos estos movimientos patriotas e imbuidos de intenciones sociales progresistas, además de laicos, perdieron credibilidad a medida que sus élites dirigentes caían en la corrupción administrativa y financiera sin que existieran mecanismos que los obligasen a rendir cuenta de su gestión. A todos los niveles, el cinismo comenzó a reemplazar la convicción revolucionaria, a la vez que las políticas de Estado se volvían cada vez más favorables al enriquecimiento de nuevas oligarquías. Por ello, la revolución islámica iraní de 1979 provocó fuertes ecos en todas las sociedades musulmanas. La alternativa social-nacionalista laica y autoritaria había fracasado y la opción islamista levantó la cabeza. Mucha frustración y rabia acumuladas a causa del estancamiento científico, tecnológico y socioeconómico de la región —en contraste con los progresos del Occidente, de Israel y del Extremo Oriente—, y la tentación de

culpar al *otro* de los fracasos propios, hizo que una parte de la juventud musulmana, desempleada y desmoralizada, se volcara a partir de entonces hacia el islamismo extremista y violento: el *yihadismo* dispuesto a destruir al enemigo, *cruzado* o *sionista*, hasta al precio de la vida propia. A ello se agregó la miope política estadounidense de apoyar y fortalecer al islamismo fundamentalista afgano (incluido el futuro *Talibán*) como fuerza de choque contra la influencia soviética (laica y modernizadora, con todos sus bemoles). De este cúmulo de dislates objetivos y subjetivos nacieron los sucesos del 11 de septiembre de 2001 y sus secuencias históricas.

Pero tenía que llegar la tercera etapa. Finalmente los jóvenes, los trabajadores manuales y mentales, los sectores medios y la intelectualidad del país más occidentalizado del Magreb —Túnez— tomaron las calles en protesta contra un gobierno autoritario y corrupto, después de que un joven excluido se auto-inmolara en protesta contra una vida insostenible. La gran revuelta ciudadana que echó del poder a Zin-Abidín Ben-Alí no pedía nacionalismo ni socialismo ni laicismo ni integrismo sino, simple y llanamente, lo que exigen todos los pueblos del mundo: una democracia transparente para decidir, *desde abajo*, el destino futuro de la nación. De Túnez, el movimiento saltó al gran Egipto —el más populoso y fuerte de todos los países árabes, iniciador de todos sus cambios históricos—, para acabar con la autocracia del presidente Mubarak. Saltó también a Argelia, al Yemen, y sigue expandiéndose. En Irán cobra nuevo ánimo el bravo pueblo que ya enfrentó (con derrotas transitorias) el abominable régimen de Ahmadineyad y sus mentores clericales.

Se comprende la preocupación de Obama, y sobre todo de Israel, ante la idea de que las revueltas populares árabes puedan ser aprovechadas y hasta controladas por islamistas radicales. Pero hay momentos en la historia cuando hay que correr riesgos ineludibles. Existen indicios de que el islamismo militante ya se encuentra en franca caída en todo el mundo musulmán, a causa de sus atrocidades, su estupidez medieval, sus reiteradas derrotas tácticas, y sus divisiones internas cada vez mayores. Los temidos Hermanos Musulmanes, antes el partido más agresivo de Egipto, ilegalizado por Nasser, Sadat y Mubarak, hoy parecen comprender que sólo tienen futuro si se transforman en un partido demócrata-musulmán relativamente moderado. Israel puede salvaguardar su existencia y seguridad mediante un vuelco conciliatorio en su política hacia los palestinos. En todo caso, no se justificaría ningún intento de nadar contra la corriente histórica y tratar de impedir que por fin las masas árabes se acerquen un tanto más a la suprema meta lincolniana: “Gobierno *del* Pueblo, *por* el Pueblo, y *para* el Pueblo”.

*Miembro del Consejo de Redacción de SIC.